



ARTÈA


2026

Exposición de artes visuales
del Programa del Diploma
del Bachillerato Internacional



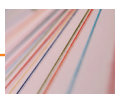
Contenido

4 Editorial 

6 **María Alicia** Amaya Ríos 

8 **Verónica** Builes Grández 

10 **Laura** Camacho Salazar 

12 **Isabella** Cárdenas Carreño 

14 **María Paula** Gómez Vergel 


16 **Ana** González Cabrera 


18 **Sofía** Hernández Angarita 


20 **Silvana** Lleras Torres 

22 **Antonia** Madrigal Botero 


24 **Lucía** Noreña Trejos 


26 **Simona** Oliveros Casas 

28 **Catalina Paz** Peñailillo Saldaña 


30 **Ana María** Rueda Moncada 

32 **Laura Alejandra** Salamanca Vivas 

34 **Natalia** Salazar Rubio 

36 **Sofía** Soto Higgins 

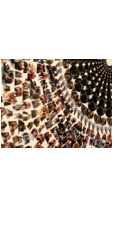
38 **Isabel** Torres Ramírez 

40 **Daniela** Torres Tavera 

42 **Manuela** Vieira Lemos 

44 **Acerca de ARTĒA** 

46 **ARTĒA** transforma los espacios del colegio en arte 

50 **ARTĒA** trasciende el ámbito de la escuela y se ubica en el espacio de lo cotidiano 

▲ Detalle de la obra de Antonia Madrigal Botero

¿Qué significa levantar la voz, ante un mundo enmudecedor?

Levantar la voz, es quizá el primer gesto de ruptura; un temblor inicial que atraviesa el silencio y lo resquebraja por dentro. No se trata tan solo de hablar, es permitirse el aparecer, es existir en presencia de otros, es nombrar aquello que durante tanto tiempo ha permanecido oculto o negado. Como afirma Paulo Freire, “decir la palabra verdadera es transformar el mundo” (Freire, 1970, p. 88). Creo firmemente en esta afirmación y su potencia dentro de los espacios académicos y culturales de enunciación. Por tanto, mi apuesta pedagógica pretende hacer posible espacios concretos e imaginados, en donde no dé vergüenza vivir, en donde no se enmudezca a nadie, en donde la vulnerabilidad sea bienvenida y nos permita aprender, escucharnos, ser y estar; todos presentes..

Levantar la voz nunca ha sido ni será un gesto ni una acción sencilla; está atravesado por los miedos, las dudas, las heridas y dolores que han atravesado los cuerpos que han aprendido a callar. Levantar la voz no puede surgir de la imposición, esta se levanta como posibilidad, la posibilidad del encuentro sensible, de la escucha, la construcción de nuevas formas de relacionarnos y estar en común. Un gesto, frágil y poderoso a la vez, que permite que se entretengan nuevas narrativas, en donde el miedo cede el espacio a la palabra, a la imagen, al cuerpo presente.

Es en este contexto que ARTĒA 2026, la exposición de artes visuales del programa de Diploma del Bachillerato Internacional del colegio Marymount, muestra que reúne procesos de creación de sus jóvenes estudiantes, quienes, en esta, no solo le hacen honor al lema institucional de mentes empoderadas y corazones compasivos, si no que se permiten como las mujeres que son, desde sus experiencias situadas, explorar sus preguntas en torno a la identidad, el género, la fragilidad, los afectos y encontrar el espacio de posibilidad para nombrarse a sí mismas.

A través de la exploración de diversos medios propios de los lenguajes del arte contemporáneo, acciones performáticas, y gestos efímeros, se hacen presentes; obras que no buscan representar si no que abren posibilidades; el cuerpo como territorio, el movimiento, el espacio y el tiempo se pone en tensión con la memoria, el duelo, lo cotidiano y el temor de la incertidumbre del futuro. Estas mujeres levantan sus voces de manera poderosa, no solo de forma individual si no en un gesto colectivo permitiéndose la vulnerabilidad, no entendida como fragilidad si no como todo lo contrario: como empoderamiento y condición humana, y lo hacen juntas, sosteniéndose unas a otras, construyendo las condiciones para que sus palabras puedan existir en sus imágenes y gestos. Valientemente se permiten volver sobre sus memorias, incluso sobre aquello que aún duele, lo miran de frente, atraviesan el dolor, el sufrimiento, la dificultad, incluso la vergüenza, se hacen vulnerables y levantan sus voces. Lo hacen para que otras se puedan leer como nos leemos hoy en ellas.

Y tal vez de eso se trata, no solo de levantar la voz, si no de sostenerla para hacer posible que otras voces emerjan. ARTĒA es este espacio, un espacio concreto, en donde no da vergüenza vivir, en donde no se enmudece a nadie, en donde la vulnerabilidad es más que bienvenida y nos permite a creadores y visitantes aprendernos, escucharnos y estar presentes, ser en y con comunidad.



Detalle de la obra de Lucía Noreña Trejós

María Alicia Amaya Ríos

Esta exposición explora la relación entre la familia, la memoria colectiva y el olvido, partiendo principalmente de la idea de que la ausencia de quienes ya no están físicamente presentes no implica su desaparición de la identidad familiar. A través de diversas instalaciones, mi trabajo busca reflexionar sobre cómo las personas que han partido continúan viviendo en nosotros mediante recuerdos, tradiciones, enseñanzas y patrones de comportamiento que se transmiten entre generaciones. La pregunta que guía esta exposición es ¿cómo las familias sostienen la memoria de quienes ya no están y qué responsabilidad tenemos de mantener esas presencias vivas a través de la memoria colectiva? Cada una de mis obras presenta una historia propia, pero a su vez se conecta con las demás para construir de ese modo una narrativa que permite comprender de manera más profunda el mensaje general de la exposición. Algunas piezas abordan directamente la idea de ausencia, mientras que otras exploran los patrones emocionales y comportamientos que se repiten dentro de las dinámicas familiares, mostrando cómo estos influyen en la construcción de la identidad individual. El uso de materiales tiene un papel fundamental dentro de mi proceso artístico. Ya que busco que estos representen físicamente los conceptos que deseo enfatizar y transmitir, por ejemplo.

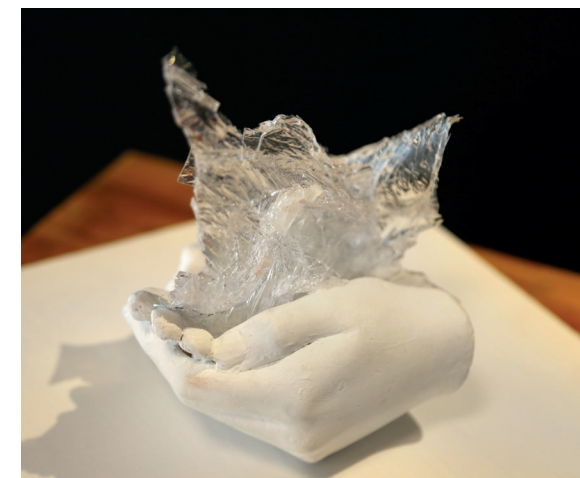


Las flores, olores y texturas funcionan como metáforas de la memoria, del paso del tiempo y de la permanencia simbólica de quienes han formado parte de la historia familiar. Estas mismas decisiones materiales buscan también activar una experiencia sensorial de acerque al espectador a las emociones que atraviesan las obras. La selección de las piezas responde a su

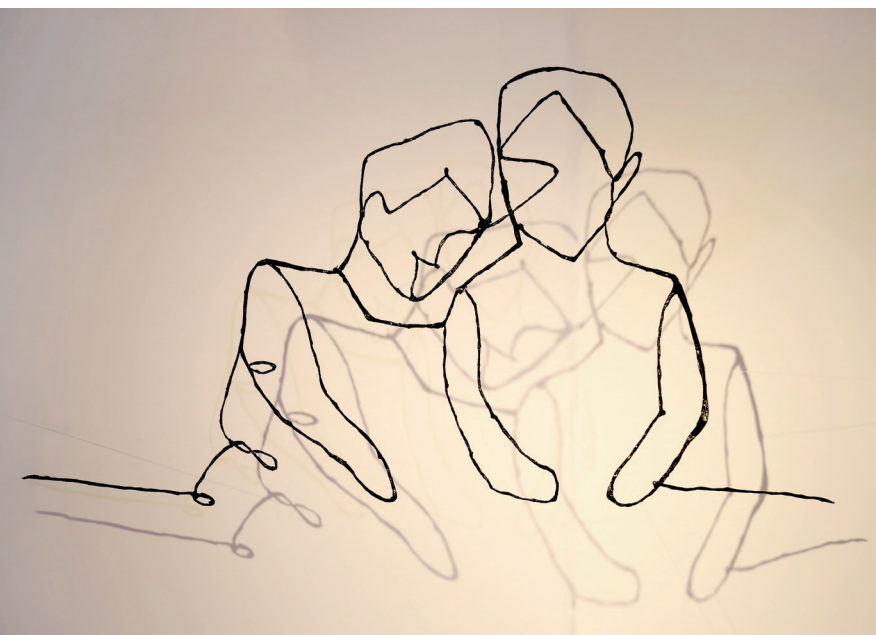


¿Cómo las familias sostienen la memoria de quienes ya no están y qué responsabilidad tenemos de mantener esas presencias vivas a través de la memoria colectiva?

capacidad de representar diferentes momentos de mi proceso artístico personal, evidenciando cómo el arte se ha convertido en una herramienta para comprender, cuestionar y sanar aspectos de la dinámica familiar que forman parte de quien soy. Siempre he sentido un fuerte sentido de pertenencia hacia mi familia, y a través de estas obras pude reconocer cómo esa historia compartida tiene impacto en mí. Más allá de comprender mi propia historia, busco que el espectador pueda verse reflejado en la exposición y reflexionar sobre sus propios recuerdos, relaciones familiares, la manera en la que cada uno aporta a las dinámicas familiares y mantiene viva la memoria de quienes han marcado su vida.



Verónica Builes Grández



Las obras, que incluyen instalación, fotografía y escultura, exploran cómo el reconocimiento o su ausencia impacta significativamente en la vida individual. Algunas piezas presentan la identidad como incompleta desde la mirada externa, mientras que otras destacan elementos que existen, pero no siempre son percibidos, subrayando la influencia de las voces ajenas en la construcción social del individuo.

Asimismo, la exposición resalta el papel fundamental de los vínculos afectivos en la formación de la identidad. Estas relaciones no solo acompañan, sino que también contribuyen activamente a definir quiénes somos, cuestionando hasta qué punto lo visible determina

la comprensión del otro. En este sentido, se plantea que nunca llegamos a conocer completamente a las personas, ya que cada individuo mantiene una dimensión privada que permanece en silencio.

Las obras también introducen las nociones de empatía y generosidad, invitando al espectador a adoptar una postura activa. Más allá de observar, se propone una experiencia que implica esfuerzo y disposición para comprender al otro,

Esta exposición aborda la importancia de ser escuchado y visto en la sociedad, proponiendo una reflexión sobre la identidad como una construcción fragmentaria, formada por experiencias, relaciones y aspectos que a menudo permanecen invisibles. A través de diversos materiales y lenguajes visuales, se representa la sensación de estar presente sin ser plenamente percibido, evidenciando que solo ciertas partes de nosotros son reconocidas por los demás.

abriendo la posibilidad de un encuentro donde ser visto y escuchado se convierte en una experiencia compartida.

Finalmente, mediante el uso de cuerpos indefinidos y situaciones personales, la exposición fomenta múltiples interpretaciones e identificación con las obras. El montaje propone un recorrido que facilita una conexión significativa con el espectador, promoviendo una reflexión profunda sobre la distancia entre lo que mostramos, lo que somos y lo que los demás perciben.



La exposición resalta el papel fundamental de los vínculos afectivos en la formación de la identidad.



Laura Camacho Salazar



Lo central de esta exposición es la idea de que las relaciones interpersonales actúan como una fuerza determinante en la construcción de la identidad, influyendo constantemente en quiénes somos y en quiénes llegamos a convertirnos.

La presente exposición explora el efecto de las relaciones interpersonales en la construcción de la identidad, entendida como un proceso dinámico y en constante transformación. A partir de experiencias personales, las obras reflexionan sobre cómo los vínculos con otras personas influyen en la manera en que percibimos el mundo, desarrollamos nuestras ideas y construimos nuestra forma de ser. En este sentido, se plantea que la identidad no se forma de manera aislada, sino como resultado de interacciones continuas con distintos entornos sociales.

Las piezas seleccionadas responden a diferentes momentos y tipos de relaciones, evidenciando tanto su capacidad de construcción como de transformación e incluso de fractura. Algunas obras abordan la influencia directa de personas cercanas en la formación de la identidad, mientras que otras cuestionan las presiones sociales que surgen al intentar encajar en expectativas externas. De esta manera, la exposición presenta un recorrido que permite comprender cómo las relaciones moldean la identidad a lo largo del tiempo.

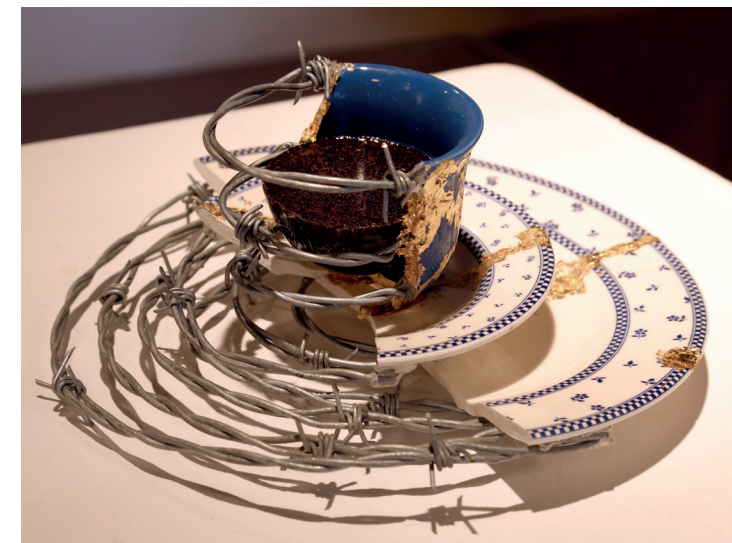
Lo central de esta exposición es la idea de que las relaciones interpersonales actúan como una fuerza determinante en la construcción de la identidad, influyendo constantemente en quiénes somos y en quiénes llegamos a convertirnos.

Esta reflexión se materializa mediante el uso de elementos como el cuerpo humano, el reflejo y las



huellas, que funcionan como metáforas visuales de la influencia externa. En particular, las obras que incorporan ojos contruidos a partir de imágenes de personas significativas representan cómo quienes nos rodean condicionan nuestra forma de ver y entender el mundo. Asimismo, la presencia del reflejo introduce al espectador dentro de la obra, sugiriendo que este proceso de influencia es compartido.

El montaje refuerza esta idea al ubicar una escultura de un árbol en el centro del espacio expositivo, funcionando como núcleo conceptual. Sus raíces se extienden simbólicamente hacia las demás obras, representando cómo cada relación constituye una base para el crecimiento personal.



Isabella Cárdenas Carreño

El ser humano posee la capacidad intrínseca de experimentar y manifestar vulnerabilidad, una condición que, aunque a veces resulta sumamente compleja de verbalizar, nos conecta universalmente. La presente propuesta artística, compuesta por una serie de ocho obras, se originó inicialmente a raíz de procesos personales ligados a la ansiedad. No obstante, durante la etapa de producción, se advierte que la propia exposición ante el público configuraba un acto de vulnerabilidad en sí mismo. De este modo, el arte se transforma en el vehículo idóneo para exteriorizar vivencias íntimas, pesadas y difíciles de compartir habitualmente, con el firme propósito de que estas resuenen profundamente en la audiencia.

Desde una perspectiva conceptual y teórica, el proyecto adopta como referentes fundamentales a las artistas Francesca Woodman y Stevie Tierney, quienes emplean el cuerpo humano para plasmar la crudeza y la intimidad. A

diferencia de sus influencias, esta exhibición se distingue por priorizar la tridimensionalidad como medio de expresión física y espacial. A pesar de esta divergencia conceptual, se preservan técnicas esenciales de las creadoras citadas, tales como el uso simbólico del cuerpo y la luz en la fotografía, junto con el simbolismo en la instalación y la pintura.



Por otra parte, el desarrollo del proyecto se vio afectado por un contratiempo técnico que retrasó la producción, inconveniente que terminó transformándose en una fuente de inspiración orgánica, íntima y sumamente personal. En el ámbito del proceso creativo, se recurrió a la creación de esculturas e instalaciones elaboradas con materiales específicos como resina, yeso, alambre y arena. Estos elementos no fueron elegidos únicamente por criterios estéticos, sino por su carga metafórica; por ejemplo, la resina simboliza el agua y la arena encarna la dificultad de avanzar.



Asimismo, se incorporó la fotografía tradicional e intervenida mediante herramientas digitales de edición e inteligencia artificial para distorsionar imágenes y configurar atmósferas envolventes. Finalmente, mediante el uso del simbolismo y la introspección personal, se abordan múltiples dilemas humanos que se complementan entre sí. Se busca generar una experiencia compartida que permita comprender a fondo los procesos emocionales comunes.

El arte se transforma en el vehículo idóneo para exteriorizar vivencias íntimas, pesadas y difíciles de compartir habitualmente.

María Paula Gómez Vergel



Busco representar el todo desde los fragmentos, la construcción personal de un individuo y la fragilidad que existe en ello.

Esta exposición explora cómo la identidad personal está compuesta a través de fragmentos que crean un todo. La serie de obras investiga cómo las experiencias, relaciones, personas, recuerdos y la sociedad, desde las piezas, ayudan a construir el todo de la identidad. Mi práctica artística surge desde la duda acerca de cómo se construye la narrativa sobre nosotros mismos y qué aspectos pueden afectar y distorsionar esta narrativa. Por otro lado, también surge desde la reflexión entre el todo y el fragmento; al usar los fragmentos, se logra generar una narrativa llena de historias y detalles. A través de diferentes medios, busco representar el todo desde los fragmentos, la construcción personal de un individuo y la fragilidad que existe en ello.

Las obras presentadas utilizan la tridimensionalidad, utilizando técnicas mixtas, como la escultura, el ensamblaje, el puntillismo y el dibujo, para explorar diferentes formas de utilizar el fragmento para construir la identidad. En las obras, la línea que une a los fragmentos ayuda a dirigir la mirada del espectador en un orden; también ayuda a unificar todas las piezas y crear una forma. El uso del fragmento sugiere reflexionar sobre cómo lo roto y fragmentado, al ser único y unido con más piezas, crea el todo, como la vida está creada por piezas únicas.



La selección de las obras responde a momentos claves de mi proceso artístico.

Algunas piezas corresponden a acercamientos y exploraciones tempranas sobre la identidad a través del mosaico y el periodo, mientras que otras obras expanden esta investigación, mezclando diferentes materiales y uniendo con el espacio donde se encuentran. En conjunto, todas las obras logran demostrar desarrollo técnico y conceptual durante mi proceso práctico.



El montaje de la exposición tiene el objetivo de crear un recorrido no fragmentado, sino unificado por la idea de utilizar el fragmento para construir el todo. Cada una de las piezas busca introducir el tema de la identidad fragmentada de la sociedad, busca representar cada uno de esos aspectos que ayudan a que una persona sea única, enfatizando el diálogo entre las obras para permitir que el espectador logre conectar desde su propia identidad personal.

Ana González Cabrera

La belleza normalmente se asocia con lo agradable, lo armónico y la perfección. Sin embargo, mi arte surge de una inquietud personal: cuestionar esta idea y explorar si el sufrimiento, el caos, la vulnerabilidad y lo que incomoda también pueden contener una forma de belleza. A través de esta exposición reflexiono sobre el sufrimiento como una experiencia inevitable de la condición humana como un espacio de transformación, buscando romper la dualidad que existe entre la belleza y el dolor al mostrarlas como fuerzas que coexisten y trabajan juntas.

Antes entendía el sufrimiento como algo que debía evitarse o hasta incluso olvidarse. Hoy entiendo que el sufrimiento no es algo meramente negativo sino todo lo contrario: es la gasolina de la vida, es la causa de los más grandes placeres de la vida, es una experiencia que tiene el poder de transformar la manera en que percibo, siento y me relaciono con el mundo, es lo que te detiene a pensar para permitirte disfrutar, y son los bloques que permiten construirte porque cada cicatriz le da profundidad y relieve a la belleza de nuestra propia existencia. Es por esto por lo que mis obras expresan un proceso que va desde la concepción del sufrimiento como algo negativo, como una experiencia que limita, que ahoga y

A través de esta exposición reflexiono sobre el sufrimiento como una experiencia inevitable de la condición humana como un espacio de transformación

que paraliza, hasta su transformación como una experiencia que, si bien ahoga, después de un proceso, da vida.

Me interesa principalmente el cuerpo humano como el lugar donde estas experiencias se manifiestan. Trabajo con el cuerpo humano porque es la forma más honesta y directa de hablar del sufrimiento y conectar con el espectador y funciona como un lugar donde este se hace visible. Por eso, en mis obras aparece en estados de tensión, vulnerabilidad o límite. No busco embellecer el dolor, sino mostrarlo de manera honesta, permitiendo que el espectador lo enfrente y, al mismo tiempo, encuentre en él una nueva forma de significado.

El uso de materiales orgánicos a lo largo de mis obras, como tierra, agua y arena, refuerza esta relación, ya que, naturalmente, por sí solos, representan transformación. Al igual que el sufrimiento, estos materiales no quedan en una única forma, cambian con el tiempo, dejan huella y, en ese proceso, construyen algo nuevo. Y eso mismo pasa en el ser humano: no pensamos de la misma forma en una situación que nos causó dolor a medida que pasa el tiempo. Por otro lado, el performance



introduce el movimiento como proceso, donde el cuerpo deja un rastro visible, evidenciando que incluso lo caótico y lo inestable pueden construir algo. Así, las obras no son independientes, sino momentos distintos de una misma reflexión: una vida sin sufrimiento no libera, vacía.



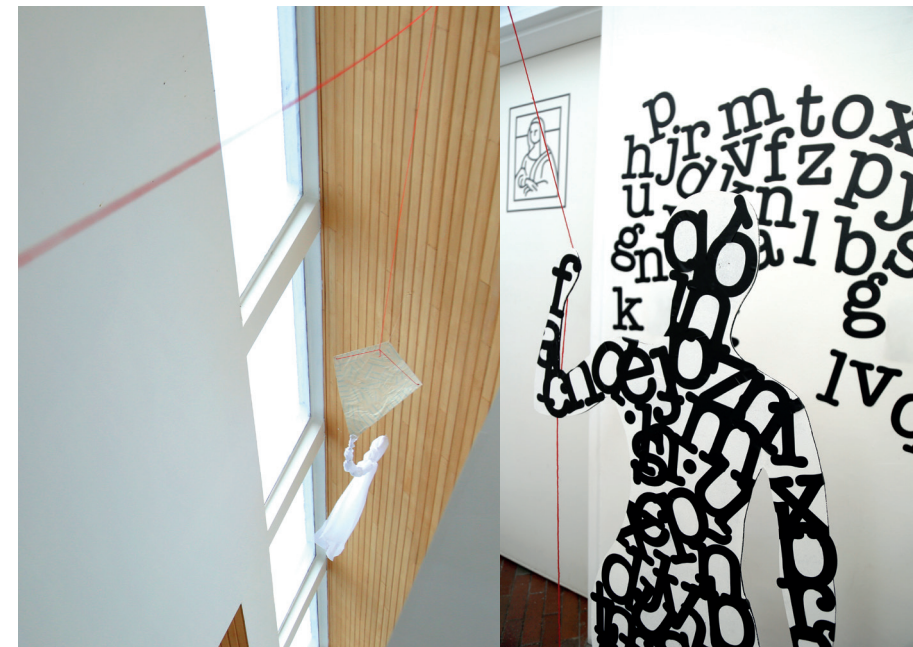
Sofía Hernández Angarita



Esta exposición se centra en la exploración del pasado como un estado persistente, donde la memoria y la nostalgia influyen en la forma en la que vivimos en el presente. A través de diferentes obras que abordan una variedad de materiales y técnicas se explora la idea de permanecer en recuerdos que pueden ser significativos y a la vez pueden generar estancamiento. La idea propuesta es conocer la medida en la que el pasado define el presente y limita la posibilidad de avanzar en la experimentación de nuevos recuerdos. Las obras se relacionan mediante un hilo conductor de forma conceptual y material. El uso recurrente de hilo, el uso de repetición y metáforas que tienen un significado de conexión, continuidad

y dependencia. La superposición, la intervención de fotografías y el uso de cartas refuerzan la insistencia de la memoria. De la misma manera, el uso de contrastes e ironías tales como la diferencia entre la sal, el dulce y la levedad que puede representar el cemento propone una reflexión entre lo efímero y lo idealizado. Cuestionando la pregunta: ¿Qué hubiera sido? El montaje de la exposición está pensado como un recorrido que busca acompañar al espectador en este recorrido emocional, en donde muchos recuerdos podrían volver a estar presentes.

La disposición de obras suspendidas sugiere inestabilidad y la cualidad primordial de la intangibilidad que suelen tener los recuerdos. Similarmente, muchas obras son una reflexión explícita de la carga que puede significar “dejar atrás” y cómo no siempre queda totalmente cerrado ese ciclo. Mostrando cómo el pasado se puede transformar y resignificar, pero nunca desaparecer. En conjunto, la exposición propone una experiencia introspectiva y personal en la que el espectador puede transitar entre la nostalgia, la pérdida y la aceptación. Más que ofrecer una solución, el propósito es plantear una reflexión sobre la permanencia de la memoria y la inevitabilidad de su huella en la experiencia humana



La idea propuesta es conocer la medida en la que el pasado define el presente y limita la posibilidad de avanzar en la experimentación de nuevos recuerdos.

Silvana Lleras Torres

Este conjunto de obras surge de una preocupación central en torno a la identidad contemporánea: la constante necesidad de adaptación. Lejos de entenderla como un proceso neutral, con estas obras exploro sus implicaciones más profundas, evidenciando cómo puede implicar transformación, tensión e incluso la pérdida del yo. En este sentido, la muestra propone

una reflexión sobre el equilibrio entre pertenecer y permanecer, entendiendo la identidad como una construcción influenciada por fuerzas externas como el entorno social, los sistemas normativos y las relaciones interpersonales.

El uso de materiales transparentes, flexibles y frágiles configura un lenguaje plástico coherente que hace visible este proceso de transformación



continua. La transparencia, en particular, funciona como metáfora de la vulnerabilidad del sujeto y de su permeabilidad frente a lo externo. Las obras trazan un recorrido que abarca desde formas evidentes de presión sobre el cuerpo hasta manifestaciones más sutiles, vinculadas a la percepción, el comportamiento y la interiorización de discursos.

La identidad no es una condición fija ni autónoma, sino un proceso en constante transformación, atravesado por fuerzas externas que la moldean, tensionan y redefinen continuamente.

La exposición se articula como una red de relaciones, evitando una lectura lineal. Las obras dialogan entre sí tanto conceptual como materialmente, compartiendo un interés por el cuerpo como espacio donde se inscriben las experiencias, así como por estructuras que evidencian tensión, deformación e inestabilidad. Esto permite comprenderlas como parte de un sistema interdependiente en el que cada pieza aporta una variación sobre la idea de adaptación.

El montaje refuerza esta intención al organizar las obras en una progresión que guía al espectador, promoviendo una experiencia continua. La disposición no solo establece relaciones visuales entre las piezas, sino que invita al espectador a involucrarse activamente, situándolo dentro de la problemática. Asimismo, la materialidad de las obras exige un acercamiento físico y perceptivo, lo que refuerza la idea de que la identidad no es una condición fija ni autónoma, sino un proceso en constante transformación, atravesado por fuerzas externas que la moldean, tensionan y redefinen continuamente.

En conjunto, estas obras trascienden la suma de sus partes para constituirse como un sistema que amplía la reflexión sobre la adaptación como una condición inherente a la experiencia humana contemporánea.



Antonia Madrigal Botero

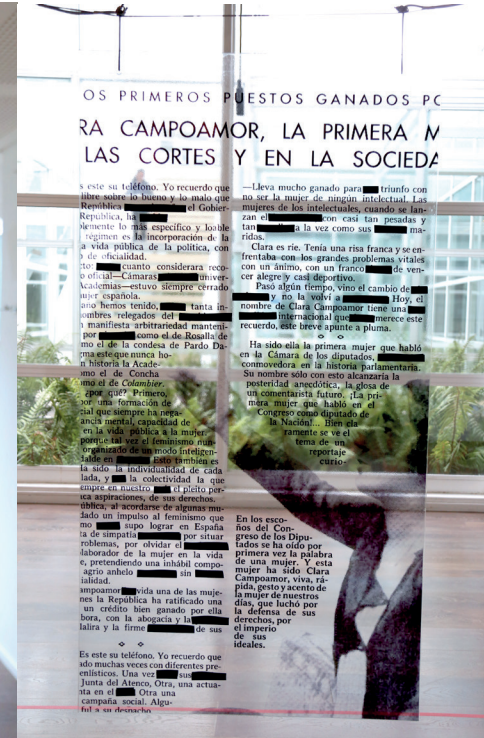
La historia de la mujer se ha configurado a partir de procesos sociales, culturales y políticos que han determinado su posición en distintos contextos históricos. Aunque tradicionalmente su papel ha estado condicionado por normas restrictivas, también ha sido transformado mediante su participación activa en la sociedad. Esta historia no se presenta como un relato lineal, sino como una red de experiencias que persisten y dialogan con el presente. En lugar de una cronología, las obras proponen una reflexión sobre dinámicas que, aunque cambian de forma, continúan influyendo en la percepción de la mujer y en sus condiciones de vida.

La muestra invita a cuestionar aquello que permanece, evoluciona o aún requiere revisión. Entre los elementos críticos, la manipulación aparece como una forma de control sutil, presente en expectativas sociales, roles asignados e ideas transmitidas generacionalmente.

Estas influencias inciden en la construcción de la identidad, limitando la autonomía y condicionando las relaciones de la mujer con su entorno. Asimismo, las jerarquías y estructuras de poder han sostenido desigualdades históricas, ubicando a la mujer en posiciones de menor reconocimiento en ámbitos tanto privados como institucionales. No obstante, estas estructuras han sido progresivamente cuestionadas a través de procesos de cambio social.

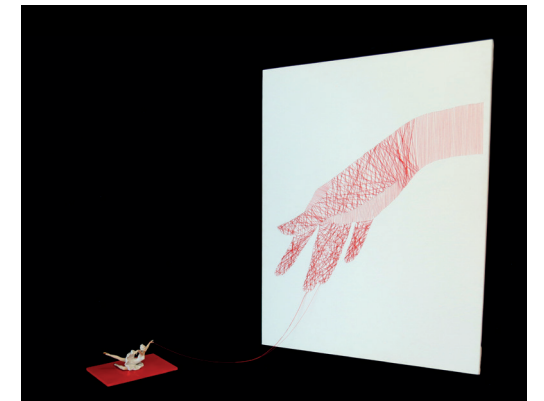
El abuso, entendido en un sentido amplio, incluye no solo formas evidentes de violencia, sino también prácticas sutiles que afectan la dignidad y el bienestar. Sin embargo, la historia de la mujer no se reduce a la opresión, sino que también está marcada por la resistencia, la adaptación y la búsqueda de nuevas formas de participación. A

lo largo del tiempo, las mujeres han impulsado transformaciones significativas, ampliando sus posibilidades de acción.



La historia de la mujer no se reduce a la opresión, sino que también está marcada por la resistencia, la adaptación y la búsqueda de nuevas formas de participación.

Las obras no ofrecen respuestas definitivas, sino que abren un espacio de reflexión donde el espectador puede establecer sus propias interpretaciones. El uso de materiales como resina, lápiz y papel aporta significados específicos: el lápiz sugiere insistencia y rigidez; la resina introduce una tensión entre conservación e inmovilidad; y el papel evoca fragilidad y transformación. En conjunto, estos elementos permiten abordar la experiencia femenina como un proceso dinámico, reconociendo tanto problemáticas persistentes como posibilidades de cambio en el presente.



Lucía Noreña Trejos

Este proyecto aborda la memoria como un fenómeno dinámico que no permanece intacto en el pasado, sino que se transforma continuamente en el presente. Los recuerdos pueden manifestarse con claridad o como sensaciones fragmentadas, es decir, sombras, texturas o vacíos, que no logran definirse completamente. Desde esta perspectiva, las obras no buscan representar

recuerdos específicos, sino explorar cómo estos se construyen, se alteran y se desvanecen, así como su impacto en la comprensión personal y emocional.

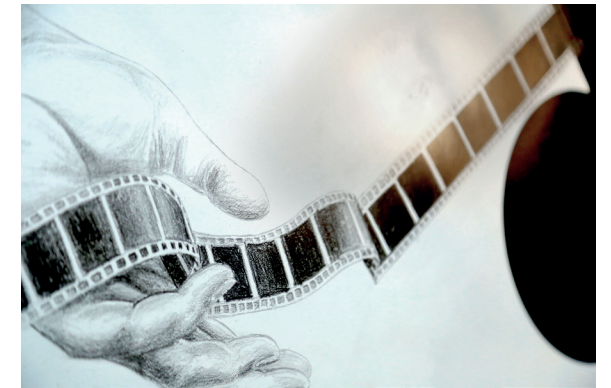
El eje central es la fragilidad de la memoria y su relación con el tiempo. Se plantea como un proceso inestable y subjetivo, alejado de la idea de un archivo ordenado o una verdad fija. Algunos recuerdos parecen persistentes, aunque internamente están en transformación, mientras que otros desaparecen dejando únicamente rastros emocionales difíciles de precisar. Esta tensión entre presencia y pérdida evidencia que la memoria siempre está mediada por la experiencia, la percepción y el paso del tiempo.

A nivel visual, las obras se articulan mediante contrastes que refuerzan esta inestabilidad: lo rígido frente a lo frágil, lo transparente frente a lo opaco y lo estable frente a lo efímero. El uso de materiales como fibras, alambre, carretes de cinta, tinta y elementos transparentes permite que la memoria se experimente no solo de manera conceptual, sino también sensorial. La luz actúa como un elemento transformador, capaz de revelar y modificar la percepción, mientras que la repetición sugiere la persistencia de ciertos pensamientos o fragmentos. El vacío, por su parte, destaca la relevancia de aquello que falta.



Incluso cuando un recuerdo se desvanece, sus huellas emocionales permanecen

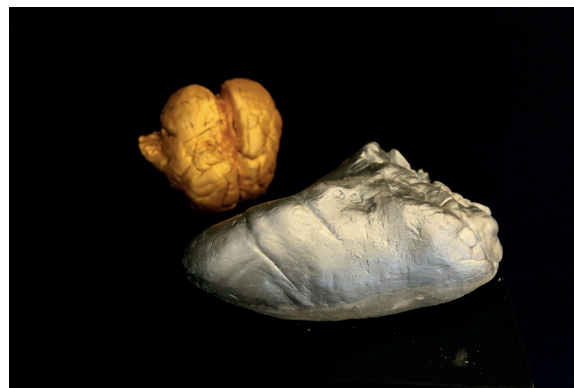
Finalmente, esta investigación propone una experiencia tanto íntima como universal. Aunque surge de una búsqueda personal, busca generar identificación en el espectador, invitándolo a reflexionar sobre la relación entre memoria e identidad. Así, se plantea que, incluso cuando un recuerdo se desvanece, sus huellas emocionales permanecen, influyendo en la manera en que se construye la experiencia individual



Simona Oliveros Casas



Mi trabajo pretende crear espacios de reflexión en los que los espectadores puedan reconocer estos patrones en sí mismos.



Hace aproximadamente un año inicié el proceso de desarrollo de esta exposición, la cual está unida por un hilo conductor específico. La idea principal detrás de las ocho obras que la conforman es representar el deseo humano y algunas de las consecuencias que pueden surgir a partir de aquello que se anhela. De manera más precisa, la exposición se centra en aquello que resulta deseable para el ser humano tanto a nivel visual como emocional o espiritual, explorando distintos tipos de deseo: desde el deseo de comer hasta el deseo de no ser olvidado.

Durante el proceso de creación surgió una reflexión importante. A medida que avanzaba en el desarrollo de las obras, comprendí que todas estaban conectadas por un mismo elemento: cada una representaba un deseo distinto, pero al mismo tiempo compartían la idea de que todo deseo puede traer consigo una consecuencia. Con el tiempo, entendí que aquello que se desea muchas veces tiene un precio, aunque este no siempre sea visible de forma física dentro de las obras, sino más bien a través de su significado y de la interpretación del espectador.

Las obras fueron realizadas utilizando diversas técnicas y materiales, como dibujo, instalación y escultura, empleando elementos como yeso, pintura y lápiz. Por esta razón, la conexión entre las piezas no radica en la técnica ni en los materiales, sino en el concepto del deseo como eje central.

A través de las obras se representan distintos tipos de deseos humanos: el deseo de crecer propio de la infancia, el deseo de consumir dulces junto con el miedo a las consecuencias, el deseo de poder y el deseo de ser amado, entre otros. Además, cada obra incorpora elementos simbólicos que refuerzan estas ideas, como dulces, una corona o un corazón de plata.



Finalmente, elegí trabajar el deseo como tema central porque considero que es una fuerza fundamental en la experiencia humana. A través de esta exposición busco invitar al espectador a reflexionar sobre sus propios deseos y cuestionarse si realmente vale la pena desear algo que puede traer tanto felicidad como arrepentimiento.

Catalina Paz Peñailillo Saldaña

Esta exposición explora el cambio y la transformación como experiencias inevitables en la vida humana. El trabajo reflexiona sobre la evolución de las personas a través del tiempo y de las experiencias, investigando la tensión entre lo que fue, lo que es y los procesos que posibilitan el devenir. El cambio no se presenta como un momento puntual, sino como un proceso constante, impredecible y continuo que implica crecimiento, pérdida y adaptación. Se busca que el espectador reflexione sobre sus propias transformaciones personales y sobre las distintas etapas que influyen en la manera en que nos percibimos.

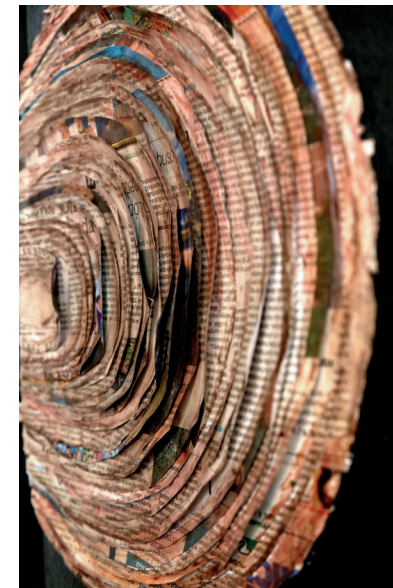
Las obras exploran diversos momentos dentro de un proceso de transformación. Algunas piezas representan estados visibles del cambio, mientras que otras se centran en transiciones internas más sutiles. A través de la variación en materiales, el uso del color y la composición se investiga cómo el cambio puede manifestarse tanto de forma evidente como imperceptible. El cuerpo y ciertos elementos simbólicos aparecen de manera reiterada, conectando visualmente las piezas y permitiendo observar el desarrollo



progresivo de las ideas. En conjunto, las obras construyen una narrativa que concibe la transformación como un proceso continuo en el que las experiencias dejan huellas en la identidad.

La selección de obras representa distintos momentos de esta investigación, desde aproximaciones iniciales hasta desarrollos más consolidados, evidenciando la evolución de la práctica artística y el interés por representar procesos de cambio personales y emocionales. La exposición no solo muestra resultados finales, sino también la transformación de la perspectiva artística a lo largo del proceso creativo.

El montaje refuerza esta idea mediante una organización que permite recorrer visualmente distintas etapas del cambio. El uso de materiales frágiles y cotidianos como papel, agua, el cuerpo y formas naturales resulta fundamental por su capacidad de evidenciar el cambio físico con el tiempo. La repetición de recursos como capas, cortes, fragmentación y acumulación refuerza la noción de una identidad construida de manera no lineal, proponiendo una experiencia en la que el espectador transita por distintas etapas del cambio y conecta las obras con su propia experiencia.



Las obras construyen una narrativa que concibe la transformación como un proceso continuo en el que las experiencias dejan huellas en la identidad.

Ana María Rueda Moncada

La mente humana se mantiene en constante actividad, incluso durante los momentos de descanso, procesando recuerdos, emociones, pensamientos y preocupaciones que suelen acumularse silenciosamente. Aunque este flujo mental constituye una parte esencial de la experiencia humana, también puede convertirse en una sobrecarga cuando la estimulación excesiva impide que el descanso cumpla su función reparadora.

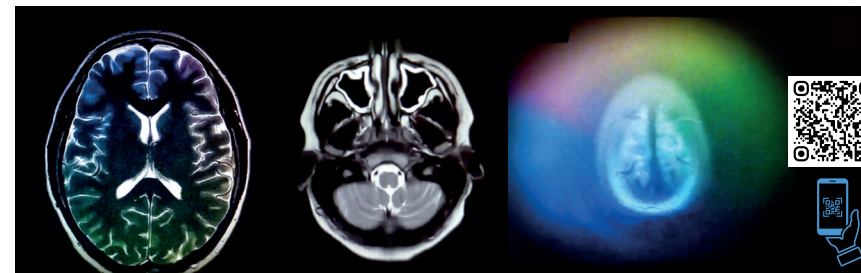
Mi propuesta artística surge del interés por comprender la mente humana, su influencia sobre el cuerpo y las emociones, así como aquellos procesos internos que permanecen ocultos en la cotidianidad. A lo largo del proceso creativo, exploré la relación entre cuerpo, pensamiento y experiencia individual, reconociendo que muchas personas viven bajo presiones constantes: expectativas académicas, responsabilidades diarias y exigencias sociales que las obligan a continuar funcionando incluso en



estados de agotamiento extremo. A partir de estas observaciones, nació mi interés por representar el *burnout* no solo como cansancio físico, sino como acumulación de emociones, pensamientos y conflictos mentales que dificultan el bienestar pleno.

El eje central de la exposición consiste en visualizar cómo el *burnout* se manifiesta en la mente y su estrecha relación con el hábito de sobrepensar. Me interesa especialmente el instante en que el cuerpo intenta descansar, mientras la mente permanece atrapada en un ciclo incesante de pensamientos. Las obras buscan hacer visible aquello que normalmente permanece oculto: la actividad mental constante, las emociones acumuladas y las presiones internas que muchas personas enfrentan en silencio.

Asimismo, investigué la relación entre lo orgánico y lo artificial, entendiendo el cuerpo no solo como una máquina biológica, sino como un espacio donde se almacenan vivencias y pensamientos. Para



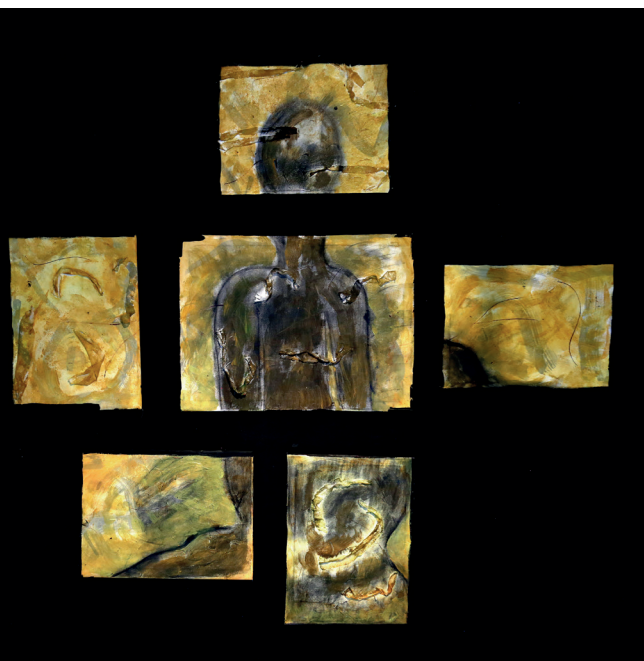
La exposición propone una reflexión sobre la relación entre mente, cuerpo y luchas internas en la vida contemporánea.

ello utilicé imágenes médicas, específicamente resonancias magnéticas, que fueron intervenidas mediante procesos de edición para representar estados mentales de forma abstracta. Así, transformo una imagen asociada al análisis científico en una representación subjetiva de la mente humana.

En conjunto, la exposición propone una reflexión sobre la relación entre mente, cuerpo y luchas internas en la vida contemporánea. Mi intención es invitar al espectador a reconocer estos estados mentales invisibles y pensar cómo las experiencias dejan huellas profundas en el cuerpo y en la vida cotidiana.



Laura Alejandra Salamanca Vivas



La corporalidad deja de concebirse meramente como una estructura biológica o anatómica, transformándose en un repositorio vivo y dinámico que resguarda tensiones, heridas, recuerdos y complejos procesos de transición.

El proyecto artístico ARTĒA titulado «El cuerpo como archivo de memoria emocional» surge a partir de una profunda reflexión personal sobre cómo las huellas de las experiencias afectivas logran permanecer en la fisonomía humana a pesar del inexorable paso del tiempo. Bajo esta premisa, la corporalidad deja de concebirse meramente como una estructura biológica o anatómica, transformándose en un repositorio vivo y dinámico que resguarda tensiones, heridas, recuerdos y complejos procesos de transición. A través de un conjunto compuesto por ocho obras que amalgaman armónicamente la escultura, el dibujo, la instalación y diversas técnicas mixtas, la serie propone al espectador un itinerario simbólico que se inicia en la fractura emocional y avanza hacia la reconstrucción.

Cada una de las piezas que integran la muestra simboliza una etapa singular de este viaje interior, utilizando materiales meticulosamente seleccionados por su capacidad para evocar fragilidad, resistencia y permanencia. En lugar de plasmar la anatomía de forma literal, la propuesta se enfoca en las marcas invisibles que persisten. Por ejemplo, la obra inaugural, denominada «El vínculo roto y reparado», consiste en un torso de yeso dividido de forma simétrica cuyas partes se mantienen unidas mediante costuras deliberadamente visibles, evidenciando que la identidad se reconstruye constantemente a partir de las rupturas.



Asimismo, en «La cicatriz», unos brazos de yeso presentan grietas intervenidas con pintura y silicona que aluden a una transformación interna y permanente del dolor.

Por otro lado, la pieza «El cuerpo ausente» introduce la noción de la desaparición física por medio de prendas endurecidas suspendidas en el espacio, las cuales conservan la silueta humana de manera fantasmal para demostrar que el rastro del ser habita en los objetos cotidianos. Esta línea temática de disolución y fragilidad de la memoria continúa en «Desvanecimiento», un dibujo en carboncillo que expone una silueta corporal fragmentada y borrosa. Finalmente, la exposición transita hacia concepciones espaciales con «Cartografía del trauma», un mapa emocional sobre superficies intervenidas y bordados, y concluye con «Fósiles de una identidad», un molde de cera translúcida que resguarda objetos ocultos, revelando parcialmente la complejidad de nuestro ser.

Natalia Salazar Rubio



De quién son realmente los recuerdos que guardamos? Muchas veces no pertenecen solo a quien vivió una experiencia, sino también a quienes la escuchan, la imaginan y la vuelven a contar. Dentro de una familia, las personas que ya no están continúan presentes a través de historias, objetos y costumbres cotidianas. Con el tiempo, esos relatos forman en nosotros una imagen de alguien que quizá no conocimos por completo, pero cuya presencia sigue viva en la memoria familiar. En ocasiones, recordamos a una persona no por experiencias directas, sino por lo que otros nos enseñaron a recordar.

Mi proyecto artístico nace de haber crecido escuchando recuerdos sobre mi abuela fallecida. Aunque muchos de esos momentos no me pertenecen directamente, influyeron profundamente en la forma en que la recuerdo y la imagino. A través de historias contadas por distintos familiares, construí una versión personal de quién fue ella. No es una imagen exacta ni completa, sino una identidad formada por fragmentos de memoria transmitidos de generación en generación. Comprendí así que la memoria familiar también se hereda emocionalmente.

Las obras de esta exposición exploran distintas maneras en que los recuerdos se transmiten, cambian y, a veces, permanecen incompletos. Algunas piezas nacen de relatos familiares que con el tiempo sentí como recuerdos propios. Otras muestran la sensación de intentar recordar algo que nunca viví plenamente, como un rostro incompleto o escenas familiares ocurridas cuando yo era demasiado pequeña para comprenderlas. También aparecen objetos cotidianos que evocan la presencia de alguien ausente.

Para expresar estas ideas trabajé principalmente con instalaciones. Este formato me permitió transformar objetos comunes en experiencias inmersivas, donde el espectador no solo observa la obra, sino que también entra en ella. Utilicé objetos familiares, dibujos, fotografías y textos escritos a mano para recrear pequeños momentos en los que la memoria se hace presente.

Durante el proceso entendí que la memoria es frágil y nunca totalmente precisa. Recordar no siempre significa recuperar algo tal como fue, sino reconstruirlo con las piezas que permanecen. Las historias que mi familia me compartió ahora también forman parte de mí. Tal vez por eso los recuerdos nunca pertenecen por completo a una sola persona, sino a todos quienes continúan contándolos.



Recordar no siempre significa recuperar algo tal como fue, sino reconstruirlo con las piezas que permanecen.

Sofía Soto Higgins

• Alguna vez has despertado con la sensación de haber vivido una vida entera en apenas unos segundos? Mi exposición es una invitación a dejar de ignorar ese mundo que abandonamos cada mañana entre las sábanas. Como artista, me situó en la frontera donde la vigilia y el onirismo se desdibujan, utilizando el arte como un puente para validar que lo que sentimos, pensamos y sufrimos mientras dormimos es tan real como nuestra existencia física.

Mi proceso comenzó con la seguridad del óleo y el acrílico, técnicas que aprendí de forma autodidacta, pero que pronto resultaron insuficientes para capturar la naturaleza volátil del inconsciente. Así nació una búsqueda técnica que transita desde lo visceral de la arcilla en "Colapso" —donde materializo la angustia física de una pesadilla— hasta la ligereza espectral del acetato y la Vitra seta.



El corazón de la muestra es una miniserie que documenta la ruptura de la "cuarta pared" del sueño. Acompañados por el símbolo de la mariposa, transitamos por estados de conciencia que revelan verdades incómodas: amores imposibles, ausencias familiares y el refugio cálido de la "Anestesia Onírica". Aquí, la técnica del marmolizado no es solo estética; es la representación de esa atmósfera distorsionada y reflectiva que nos envuelve cuando la realidad se rinde ante la fantasía.

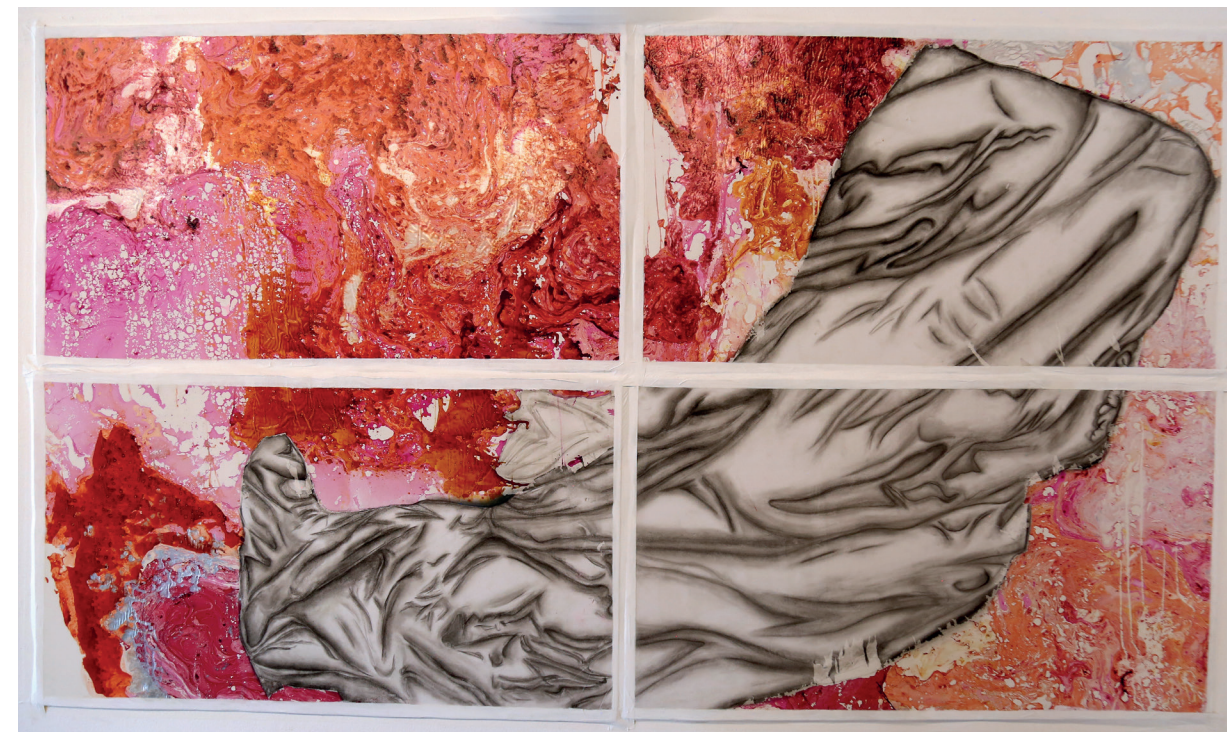
La culminación de este viaje es el performance. En él, mi cuerpo se convierte en el lienzo de la frustración por lo inefable: el "no me acuerdo qué soñé", transformando el vacío de la memoria en una acción plástica cargada de sonido y movimiento.

Al final, mi obra busca concientizar al espectador de que no somos seres divididos. A través de espejos y reflejos infinitos, la exposición concluye que el mundo

onírico no es un escape, sino una dimensión fundamental de nuestro ser. Los sueños son reales porque nosotros, mientras los habitamos, existimos plenamente en ellos.

Créete la mentira, porque es verdad.

El mundo onírico no es un escape, sino una dimensión fundamental de nuestro ser.



Isabel Torres Ramírez

El tiempo guía la exposición como eje central, abordado desde su carácter incontrolable, la incertidumbre del futuro y su influencia en los recuerdos y la vida. Se presenta como una fuerza constante que atraviesa la experiencia humana, generando emociones como ansiedad, expectativa y reflexión. A pesar de ser intangible, el tiempo se percibe en sus efectos, tanto en lo personal como en lo colectivo.

A través de distintas disciplinas como escultura, instalación y performance, las obras exploran el tiempo de forma explícita y simbólica. Se utilizan materiales como acuarela, clavos y elementos en movimiento —agua, arena, viento y fuego— para representar su paso y transformación. Estos recursos permiten visualizar lo efímero y destacar cómo todo está en constante cambio.

La selección de obras combina técnicas aprendidas con procesos experimentales, reflejando el desarrollo artístico y la exploración de nuevas formas de expresión. Algunas piezas abordan el tiempo de manera directa, mientras otras lo sugieren de forma más sutil, generando múltiples interpretaciones. El movimiento se convierte en un elemento clave, ya que



enfatisa la idea de cambio continuo y refuerza la experiencia sensorial del espectador.

El hilo conductor articula toda la exposición al vincular las obras bajo una misma idea: el tiempo como experiencia universal. A través de este, se conectan distintas perspectivas, emociones y materiales, permitiendo que cada obra dialogue con las demás. Así, se construye una narrativa coherente que invita a reflexionar sobre la relación individual con el tiempo, su impacto en la vida cotidiana y la manera en que condiciona la forma en que se percibe el presente, se recuerda el pasado y se imagina el futuro.

Todos estamos sometidos al tiempo sin poder evitarlo, y es lo que nos puede curar o terminar de destruir.



Daniela Torres Tavera

Este conjunto de obras se articula en torno al proceso del duelo, entendido como una experiencia compleja que atraviesa distintas etapas. Más allá de su asociación con la tristeza, el duelo se presenta aquí como un proceso significativo que también resalta el valor de los recuerdos, los momentos compartidos y la conciencia del tiempo. Así, se propone una mirada que rompe con la idea de la pérdida como un evento únicamente doloroso, para comprenderla como un proceso de aprendizaje y transformación. El hilo conductor se construye a través de una línea de tiempo que puede recorrerse en múltiples direcciones, enfatizando que el duelo no es lineal, sino dinámico y profundamente personal.

Esta estructura invita a reflexionar sobre la percepción del tiempo, cuestionando la idea de su infinitud y resaltando la importancia de valorar el presente y las relaciones humanas. A nivel formal, las obras integran diversas técnicas como el carboncillo sobre lienzo, la instalación, la animación y la fotografía. Esta variedad no es arbitraria, sino que responde a la



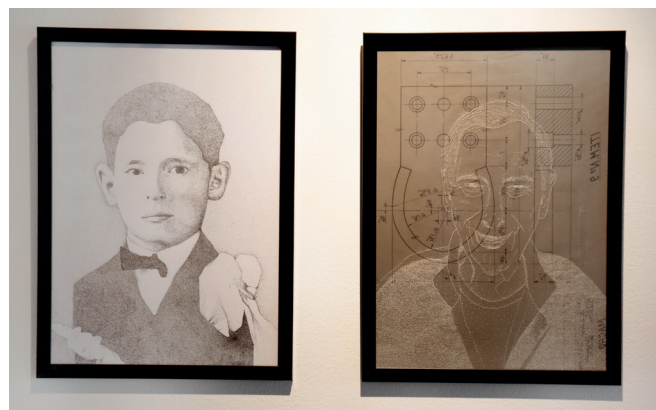
intención de evidenciar un proceso de transformación tanto conceptual como artístico. Se plantea una metáfora de la metamorfosis, donde se transita de composiciones más contenidas y controladas hacia expresiones más abiertas y libres, reflejando una evolución emocional y expresiva. Cada pieza representa una etapa distinta, construyendo una narrativa que permite reconocer el impacto del duelo desde diferentes perspectivas. Al mismo tiempo, se evidencia un desarrollo en la relación entre

forma y contenido, así como una mayor conciencia en el uso de los recursos visuales para generar significado. La disposición espacial refuerza este hilo conductor al proponer un recorrido que sugiere transformación, pero que también admite una lectura no lineal. El contraste entre las obras y el uso del espacio genera momentos de introspección, permitiendo entender el duelo como un proceso diverso que, más que definirse de una sola manera, se configura a partir de múltiples experiencias que conducen hacia la aceptación y la liberación.

Se propone una mirada que rompe con la idea de la pérdida como un evento únicamente doloroso, para comprenderla como un proceso de aprendizaje y transformación.



Manuela Vieira Lemos



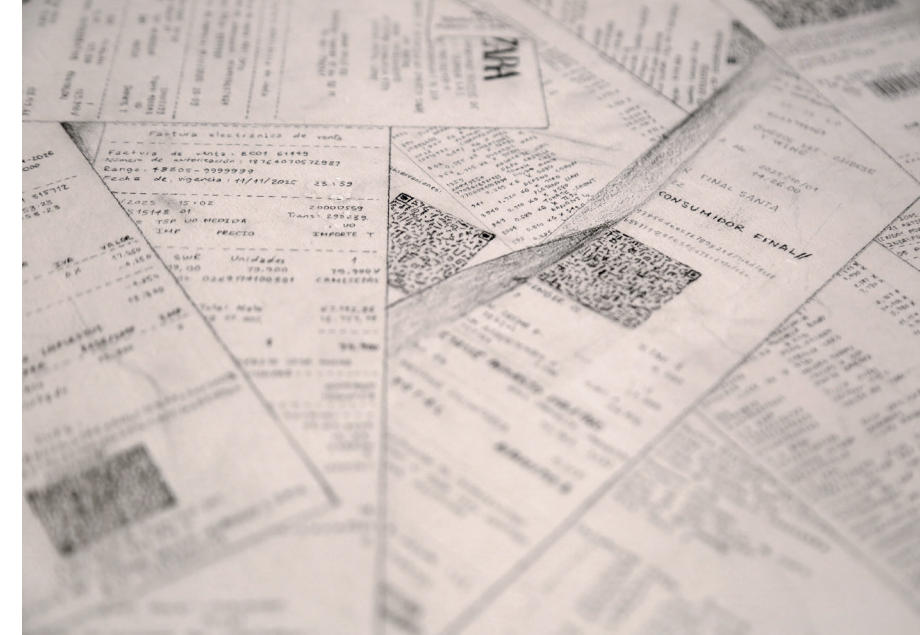
Las personas, por más diferentes entre sí, se ven conectadas por algo, por más ambiguo que sea: el sentir. El sentir es experimentar sensaciones provocadas por causas externas o internas; la tristeza, felicidad, ira y demás emociones son todas las que caracterizan el sentir, pero hay una que todos experimentamos de forma consciente o inconsciente: el miedo. El miedo no tiene una sola expresión; puede ser una fobia, algo ligado a una experiencia o la incertidumbre sobre el futuro. Hay miles de miedos en la vida de cada uno, y eso no está mal; tener miedo es necesario para construir una identidad. Por más que los miedos puedan percibirse como algo malo, son una gran parte de quienes somos. Esta exposición explora la relación entre el miedo y quien lo experimenta, centrándose no solo en los tipos de miedo, sino en cómo cada persona los vive y los enfrenta.

Mi proceso creativo parte del concepto *sonder*: la realización de que cada persona tiene su propia vida y sus propias experiencias. Así, aunque el miedo sea universal, se experimenta de formas distintas y por causas diversas. A través de la materialidad, busco representar distintos miedos, permitiendo que el espectador pueda relacionarse y conectar emocionalmente

con lo presentado. Cada una de mis obras es diferente, no en su propósito, sino en su presentación, ya que la exposición combina diversas técnicas, como el dibujo por observación, el puntillismo, la instalación y la cianotipia, entre otras. Aunque todas las obras están conectadas por un mismo hilo conductor, varias comparten rasgos formales en la manera en que representan sus ideas. La luz y la sombra cumplen un papel esencial, simbolizando la ambigüedad del miedo: puede percibirse como amenaza, pero también como motor de crecimiento personal.

Muchas veces, lo que nos da vueltas a la cabeza o lo que nos mantiene despiertos algunas noches también define lo que valoramos, a las personas que realmente amamos, la manera en la que vemos el mundo y las decisiones que tomamos. Entonces, ¿el temor en verdad nos hace vulnerables? ¿O demuestra la profundidad del alma humana?

**¿El temor en verdad nos hace vulnerables?
¿O demuestra la profundidad del alma humana?**



Acerca de ARTĒA

Laura Osuna Ospina
Profesora de Danza, preescolar
Colegio Marymount, Bogotá

▲ Detalle de la obra de María Paula Gómez Vergel

Al plantearme la propuesta de escribir acerca de ARTĒA, no puedo dejar de pensar qué tan cerca me siento de lo que esta experiencia es. Yo, como profesora de danza de preescolar del Colegio Marymount, con una mirada aparentemente distante, me pregunto: ¿podré, con esto que escribo, acercarme más? ¿Acercarán mis palabras al lector?

Lo cierto es que el arte acerca, en principio, a uno mismo, a lo que se contiene, se siente, se piensa, se intuye y, desde ese andamiaje, se crea en la vida diaria, en la comunión con el otro y en la experimentación del mundo. Eso es lo que ARTĒA abraza: la conexión íntima de cada artista con su ser y su fuente creadora, su profunda expresión de lo vivido, que no solo deja entrever al observador un íntimo secreto, sino que, en muchas ocasiones, expone amplia y vívidamente la realidad de lo que la existencia humana conlleva.

En el Marymount, este espacio, además, se enmarca en la educación para mujeres, en el encuentro constante de lo femenino; si se quiere, en ese “aquellarre” mujeril de impulso creador en el que se construye cada espacio, cada sentido, cada propuesta desde la experiencia de una joven quien, guiada dentro de un proceso pedagógico riguroso y profundo, encuentra en el arte una forma de manifestar y dar sentido a lo que su vida es. Estas señoritas, mujeres jóvenes, almas vivaces, gestan y alumbran con su obra.

Detalle de la obra de Daniela Torres Tavera ▶



El arte acerca, en principio, a uno mismo, a lo que se contiene, se siente, se piensa, se intuye y, desde ese andamiaje, se crea en la vida diaria, en la comunión con el otro y en la experimentación del mundo.

Y no con esto se propone que es solo en un espacio de mujeres donde la creación se expresa, pero es, ciertamente, la fuerza femenina intrínseca del ser humano la que gesta, concibe y expande.

Sin embargo, allí no concluye ARTĒA. Luego de un montaje elaborado con dedicación y esfuerzo, se invita a todo aquel que quiera procurarse el encuentro con ARTĒA a que se deje iluminar por el sentir de cada artista y, desde esa conexión, cree en su interior su propia experiencia. Más allá de lo literal o lo sugerido en cada obra, la propuesta es que quien observe se entregue y fluya más con el sentir que con la razón: experimentar más que intentar comprender o conceptualizar.

Y vuelvo, entonces, al inicio... Me acerco a ARTĒA desde lo que, como profesora, observo: un proceso educativo significativo, eso que en tantas ocasiones nos planteamos como “posibilidad” y que aquí se evidencia tan claramente: llevar el aprendizaje más allá del aula, a situaciones reales que impacten la vida del estudiante y la comunidad. Me acerco a ARTĒA como mujer, reconociendo mi esencia femenina en cada obra y celebrando la posibilidad de este hermoso espacio para honrarla. Me acerco a ARTĒA como ser humano que se conmueve con las posibilidades expresivas de quienes se atreven a conectarse consigo mismos y a darle sentido a su existencia. Me acerco a ARTĒA...

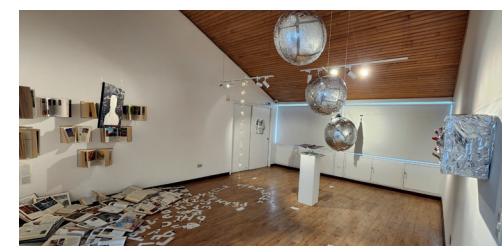
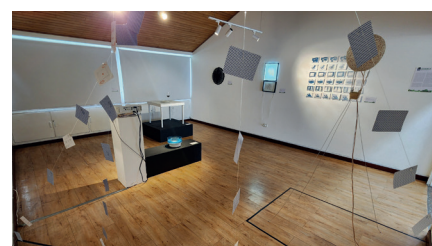
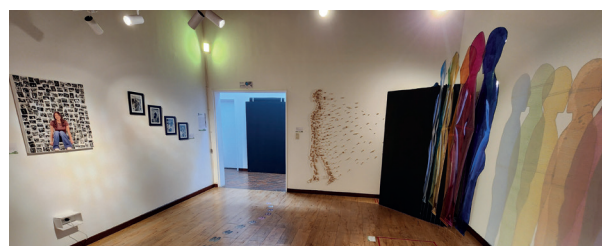
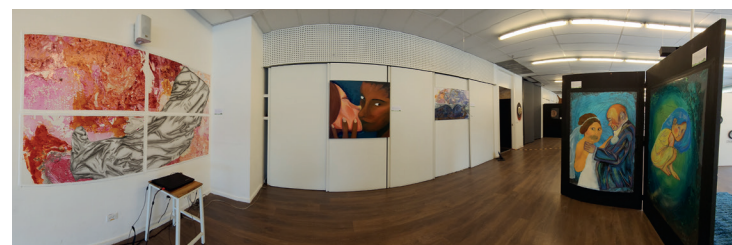
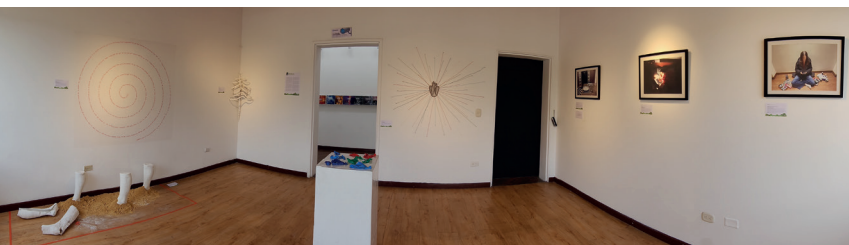
ARTĒA: emociones que se transforman en historias

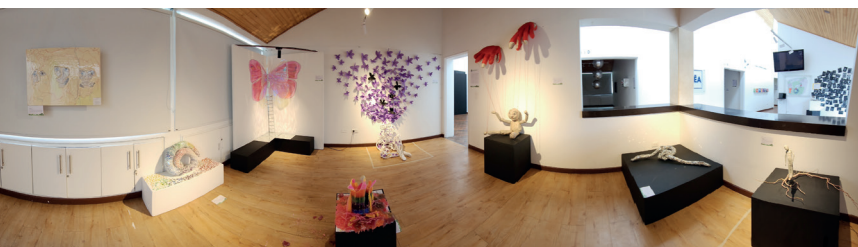
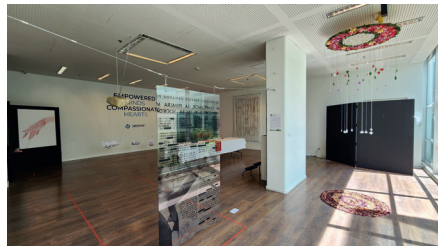


Escanea el código desde Spotify.

ARTĒA transforma los espacios del colegio en arte

▲ Detalle de la obra de María Paula Gómez Vergel





ARTĒA trasciende el ámbito de la escuela y se ubica en el espacio de lo cotidiano

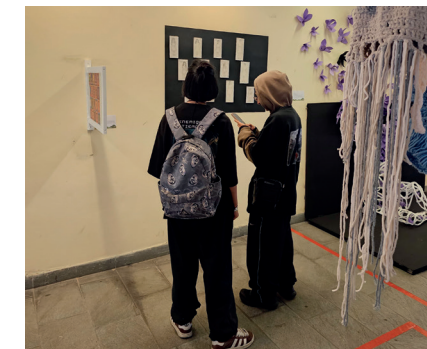
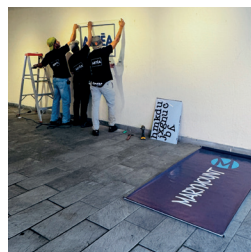
Ana María Fresen Sánchez
Coordinadora de Mercadeo
Colegio Marymount, Bogotá

▲ Detalle de la obra de Laura Camacho Salazar

Las obras que conforman ARTĒA son el resultado de dos años de investigación rigurosa en el marco del Programa de Diploma del Bachillerato Internacional: un proceso exigente, de estándares globales, que produce no ejercicios escolares sino investigación artística genuina. Esa distinción importa, porque determina el nivel en el que estas obras pueden y deben ser leídas.

Desde hace más de quince años, el Colegio Marymount ha sostenido este proyecto con una convicción pedagógica clara: la formación artística produce obra seria, y la obra seria merece circular en espacios de exposición. Con el tiempo, ARTĒA ha abierto sus puertas a académicos universitarios, galeristas, directores de museos, pares artísticos e instituciones educativas que han comenzado a leer estas producciones en el registro que corresponde, reconociendo en ellas una potencia expresiva, técnica y conceptual que trasciende el ámbito escolar.

En 2026, ese reconocimiento tomó una forma concreta e inédita. Por primera vez, una muestra representativa de ARTĒA salió del Colegio para





instalarse en dos espacios emblemáticos de Bogotá. El Enlace Peatonal y Galería Cultural San Diego-Tequendama, en el Centro Internacional administrado por AsoSanDiego, es un corredor cultural de alto tráfico que recibe a más de 12.000 transeúntes al día; un espacio diseñado para el arte contemporáneo, donde las obras conviven con una audiencia urbana diversa que se acerca a ellas sin el marco condescendiente del arte escolar.

La sala de exposiciones de la Facultad de Artes de la Universidad Javeriana, por su parte, es un escenario académico de trayectoria donde la muestra sirvió, además, como punto de partida para dos talleres pedagógicos, estableciendo un

diálogo entre la producción de las estudiantes y los procesos formativos universitarios.

Cuando estas obras entran a esos circuitos, ocurre algo significativo: el público no pregunta la edad de quien las hizo ni el contexto institucional del que provienen. Se detiene, las lee, las siente. Les reconoce una potencia que no requiere credenciales. Los discursos que se construyen dentro del aula comienzan a tener una resonancia diferente cuando encuentran otros escenarios; una resonancia que no solo proyecta las obras hacia afuera, sino que regresa al Colegio en forma de validación: una confirmación de que lo que ocurre aquí adentro tiene el peso, la seriedad y la relevancia de lo que ocurre en cualquier espacio diseñado para el arte.